

**Tiberj, Vincent**  
**Les citoyens qui viennent**

PARÍS, PUF, 2017

Vincent Tiberj acaba de publicar su última obra titulada *Les citoyens qui viennent* (*Los ciudadanos que vienen*) en la editorial Presses Universitaires de France (PUF) cuya colección *Le lien social* está dirigida por Serge Paugam. Conviene recordar que el autor es catedrático en el Instituto de Ciencias Políticas de Burdeos tras haber sido investigador en Sciences Po París. Sus temas de predilección son la sociología electoral, la política de la inmigración y el análisis de los valores y prejuicios, a menudo en una óptica comparativa. Entre sus obras más relevantes conviene citar *Français comme les autres?* (2005), escrito junto con Sylvain Brouard, y *La crispation hexagonale. France fermée contre France plurielle, 2001-2007* (2008). Ha coordinado o dirigido igualmente *Les mots des présidentielles* (2007) y *Des votes et des voix. De Mitterrand à Hollande* (2013).

En la introducción de su último libro, Tiberj observa que, para las nuevas cohortes, “la globalización, la Unión europea, Internet y ahora las redes sociales [constituyen] unas evidencias [en sus vidas cotidianas]” (p.2). Son ciudadanos que han sido socializados “en una sociedad multicultural y conectada donde (...) la extrema derecha se ha convertido en una fuerza política [de primer orden]. Viven en una sociedad donde el desempleo es endémico, los empleos son más difíciles de encontrar y están cada vez menos protegidos (...). Viven en una sociedad donde las desigualdades sociales [crecen] y el Estado del bienestar retrocede (...). Se han convertido en ciudadanos en un periodo de desconfianza política, en el cual los partidos y responsables políticos son [cuestionados] por su incapacidad a resolver los problemas. (...) No en vano, los movimientos asociativos jamás han sido tan numerosos y los ciudadanos pueden participar más fácilmente y por canales cada vez más diversificados” (p.2). Estos ciudadanos son igualmente más cualificados, las mujeres han invertido el sistema educativo y el mercado laboral, y tanto el sentimiento como la práctica religiosa han retrocedido (pp.2-3).

Para el autor, todos estos elementos muestran que “la renovación generacional es un fenómeno demográfico y democrático fundamental” (p.3). No obstante, no es objeto de investigaciones y de análisis específicos, puesto que, a menudo, el enfoque por las cohortes de nacimiento es descuidado en el Hexágono (p.3). Uno de los objetivos de esta obra es precisamente colmar esta laguna “movilizando las encuestas por sondeo que cubren el periodo que se extiende de finales de los años 1960 a hoy en día” (p.3). La tesis defendida por Tiberj es que “las cohortes transforman la política

en Francia. Para mostrar [la incidencia de las cohortes sobre] la política, [su] análisis se refiere a cuatro grandes ámbitos (...): la relación con la política en general y la oferta política en particular; las transformaciones de la participación política; los sistemas de valores; y, los alineamientos políticos y electorales (p.3).

Así, la desconfianza de los ciudadanos hacia los dirigentes y el sistema político está estrechamente vinculada con la renovación generacional. “La aproximación a las políticas públicas llevadas a cabo por la izquierda y la derecha, y [su] combinación [con] la crisis económica han construido una relación particular con la política entre las cohortes que han alcanzado la edad adulta en los años 1980 y posteriormente. Los post-baby-boomers están menos interesados en la política [y] desconfían más de los componentes de la oferta política” (p.4). Se trata de una “ciudadanía distante”, lo que se traduce por una escasa apetencia por la política institucional y una capacidad para desenvolverse en él y jugar un rol cuando lo consideran necesario. “Esa relación distante con los responsables políticos se manifiesta (...) por una posición de retirada ante los partidos políticos y por un importante nomadismo político” (pp.4-5). Las consecuencias de estas evoluciones, propiciadas por la renovación generacional, son múltiples: por una parte, los responsables políticos se enfrentan a ciudadanos que los critican de manera creciente; y, por otra parte, los partidos y candidatos no pueden confiar en un electorado fiel y susceptible de ser movilizad (p.5).

De hecho, “la manera según la cual los ciudadanos participan en la vida [política] depende mucho de su relación con la política. La situación en Francia ha evolucionado considerablemente, tanto ante la institución electoral, con el auge de la abstención, como [ante] los modos de acción de protesta, tales como la manifestación, el boicot o la petición. Detrás de estas evoluciones [se hallan] culturas participativas diferentes entre cohortes que [resultan] de sus diferentes socializaciones políticas” (p.5). Así, el voto de los post-baby-boomers es un voto distante. “Implica que desplazarse a las urnas deje de ser automático y sea menos aún un deber hacia la sociedad. Es un derecho que [ejercen] los post-baby-boomers en función del contexto, de los retos y de la importancia de los [escaños] en juego. Esta relación con el voto marca cierta autonomía de los individuos concernidos hacia la política” (p.6). Esto significa que no se produce un retroceso de la participación con la renovación generacional sino que acontece una transformación de la misma, siendo “más expresiva y menos dependiente de los actores políticos tradicionales” (p.6).

Asimismo, los post-baby-boomers se caracterizan por “una mayor apertura [en materia de] valores culturales (inmigración, sexualidad, autoridad) (...). Esta tendencia se confirma incluso cuando el electorado francés se convierte en más intolerante” (p.7). Al contrario, los valores socioeconómicos siguen siendo determinantes para los post-baby-boomers en razón de las condiciones a las que se han enfrentado.

“Estos retos [son] centrales para aquellos que harán la totalidad o parte de su carrera [profesional] en una sociedad de desempleo de masas y de precariedad” (p.8). En ese sentido, como lo subraya Tiberj, cuando una cohorte es reciente, su preferencia por la izquierda o la derecha refleja sus posiciones sobre los valores culturales. A su vez, “el contexto en el cual los electores han crecido pesa profundamente sobre la politización” (p.9). De hecho, “el contexto político de los años de juventud permite (...) comprender la emergencia de posicionamientos políticos dominantes y duraderos en ciertas cohortes” (p.9).

Esto no significa que estos nuevos ciudadanos son indiferentes a la política o que están desconectados, puesto que se movilizan cuando consideran que lo que está en juego lo merece. Su distanciamiento de la política institucional no traduce su alejamiento de la política. Están en el origen de nuevas formas de participación política a través de las redes sociales y del invento de nuevas formas participativas *online* (p.10).

Para llevar a cabo este estudio, el autor se ha basado en un inmenso trabajo colectivo de encuestas llevado a cabo en Francia desde los años 1960. Ha movilizado la totalidad de los sondeos nacionales y comparativos y ha utilizado “los ficheros acumulados de estas encuestas a fin de medir cómo los ciudadanos interrogados en momentos diferentes evolucionan o no sobre cuestiones planteadas a lo largo [de ese] periodo” (p.11). Estos ficheros le han permitido distinguir los efectos de periodo, ciclo de vida y cohortes.

En el primer capítulo, dedicado a la renovación del estudio político de las generaciones, el autor recuerda que, aunque la renovación generacional es un fenómeno demográfico de gran magnitud, sus consecuencias políticas no han despertado el interés de los investigadores. Esta situación resulta de la tendencia de ciertas teorías a tomar en consideración los efectos del ciclo de vida y a ignorar las cohortes (p.13). A ese propósito, Tiberj distingue el ciclo de vida (por ejemplo los efectos del envejecimiento), los efectos de periodo que pueden ser de corta o de larga duración (por ejemplo el impacto de una crisis económica) y los efectos de cohortes “que distinguen los individuos en función de que se hayan socializado en un contexto histórico dado” (p.13). El problema es que “las cohortes sufren (...) a la vez de una cultura empírica de encuesta y de una cultura teórica de investigación que le impiden encontrar plenamente su lugar” (p.19). Entre las múltiples posibilidades, el autor opta por un corte cohortal en décadas, ya que la utilización de “las décadas de nacimiento permite reunir a un número suficiente de individuos, especialmente en el uso de las encuestas cuyo tamaño de la muestra fluctúa en torno a 1.000 individuos”. Afirmo que puede haber efectos de cohortes sin que los individuos sean conscientes de ello o tengan la sensación de pertenecer a una generación específica (p.32).

En el segundo capítulo, centrado en los retratos sociológicos de las cohortes, el autor estima que, “en la medida en que se quieren seguir las evoluciones de las cohortes sobre varias décadas, es preciso tomar en consideración los cambios sociales que ha podido conocer el país y de la que se han encontrado rastros en los individuos” (p.33). En ese sentido, “las cohortes no difieren solamente unas de otras porque han nacido y han crecido en momentos y en contextos [diferentes]. Se distinguen igualmente por su composición social y sus equilibrios internos” (p.33). Los efectos de cohortes pueden también ser el reflejo de cambios de otra naturaleza. Estableciendo una galería de retratos sociales, se pueden poner de manifiesto ciertas concepciones dominantes de la sociedad gala o ciertos temores que no se corresponden con la realidad de la renovación generacional (p.33). El autor presta una atención particular a las dimensiones que pueden afectar la relación con la política: las evoluciones en materia de títulos académicos, relación con la religión, diversidad del mercado de trabajo y desigualdad de género (p.34).

De hecho, además de no vivir la misma historia, las cohortes difieren sociológicamente (p.35). Así, en apenas cuarenta años, el perfil educativo de la población francesa ha evolucionado considerablemente. “En menos de cuarenta años, la proporción de los [titulares del bachiller y de títulos] universitarios ha sido multiplicada por 4,5 (...). Hoy en día, la población francesa cuenta más titulados de la Universidad que [personas] sin títulos” (p.35). En otros términos, las cohortes son muy diferentes en términos de títulos académicos (p.37). Estas evoluciones tienen efectos notables sobre la política, ya que inciden en el desarrollo de conocimientos que los individuos poseen del mundo que los rodea y, por lo tanto, “del mundo político y de sus capacidades para intervenir en él” (p.37). Así, los más titulados se muestran más interesados por la política que el resto de la población y son más proclives a movilizarse, firmar peticiones o participar, tanto en Francia como en los demás países (p.37). De la misma forma, cuando los títulos académicos son elevados, los individuos son más tolerantes hacia las minorías sexuales o étnicas y son menos autoritarios. Ese hecho incide igualmente en su propensión a votar y a elegir ciertas opciones políticas (pp.37-38).

Asimismo, “las evoluciones religiosas desde los años 1970 son considerables. (...) En 2015, [los ateos representan una proporción] 1,5 veces más [importante] que los católicos practicantes. El otro cambio esencial concierne la emergencia de la religión musulmana” (p.39). En ese sentido, “el declive del catolicismo y de lo religioso es impresionante. La parte de los ateos ha sido multiplicada por 2,5 entre los individuos nacidos en 1930 y anteriormente, y aquellos nacidos en los años 1960 y 1970. [Es multiplicado] prácticamente por 3 en las cohortes de 1981 y las siguientes. [Al contrario], la parte de los católicos practicantes, al menos ocasionalmente, ha sido

dividida por 3” (p.40). Paralelamente, “la proporción de musulmanes en las cohortes más recientes es importante: el 5% entre los individuos nacidos en los años 1970 y el 10% entre aquellos nacidos en los años 1980” (p.40). Estos datos indican que “la jerarquía de las cohortes es [muy] estable en el tiempo: cuando la cohorte es reciente, la parte de los ateos progresa” (p.41). A la inversa, “las cohortes más antiguas, muy fuertemente marcadas por el catolicismo, [son] sustituidas por nuevas [cohortes] que se distinguen esencialmente por el peso del ateísmo y, posteriormente, por el auge del Islam en su seno” (p.42). En general, observa Tiberj, “los ateos son un bastión de la izquierda, [al tiempo que] los católicos practicantes apoyan la derecha, [de modo que] el impacto de la religión perdura” (p.42). La religión influye igualmente en la relación a las normas culturales y los valores socioeconómicos así como en la propensión a participar y a votar (p.42).

Un tercer cambio fundamental concierne el impacto de las oleadas sucesivas de inmigrantes llegadas a Francia a lo largo del siglo XX (p.43). El Hexágono se caracteriza por la importancia y heterogeneidad de su población inmigrante. Por lo cual, esta historia migratoria se encuentra en la composición de las cohortes, bien directamente a través de la naturalización, bien indirectamente porque la mayoría de los hijos de inmigrantes nacidos en Francia adquieren la nacionalidad francesa por haber nacido en Francia (p.44). Cuando la cohorte es antigua, es más homogénea. Así, la proporción de inmigrantes pasa del 2,5% al 13,5% entre las cohortes nacidas entre 1951 y 1960 y aquellos que han visto luz entre 1981 y 1990 (p.46). En otros términos, “aunque Francia siga siendo un país relativamente homogéneo, el multiculturalismo es una realidad (...) que forma parte de la vida cotidiana de los individuos que componen las cohortes más recientes” (p.46). Esto se repercute en la relación mantenida con la política. En general, los ciudadanos galos de origen inmigrante, especialmente magrebí y subsahariana, están menos inscritos en las listas electorales, a pesar de que se distinguen por un alto interés por la política” (p.46). A su vez, “los orígenes influyen a la vez en ciertos valores, sobre todo en materia de inmigración y xenofobia, [así como] en el alineamiento político” (p.46).

Por otra parte, con el avance de los derechos de las mujeres, tres factores inciden en la relación de las mujeres con la política: la elevación del nivel de titulación académica, la participación en el mercado de trabajo y el alejamiento de la religión. En estas materias, la renovación generacional constituye una clave de comprensión valiosa (p.47). Así, la masificación de la educación secundaria y universitaria ha beneficiado sobre todo a las mujeres (p.48). De la misma forma, la feminización del mercado laboral es un hecho que transluce de tres formas: la participación creciente de las mujeres, su acceso a puestos de dirección y la calidad de los puestos ocupados en términos de estabilidad, salarios y condiciones laborales (p.48). Por ejemplo, la tasa de

participación de las mujeres de entre 25 y 59 años al mercado laboral es del 76,6% en 2011 (pp.48-49). No en vano, conviene matizar esta constatación, puesto que, con la misma cualificación, las mujeres cobran menos que los hombres; su acceso a las profesiones más prestigiosas es menor; y, la calidad de los empleos ocupados es inferior (p.49). En cuanto a la relación que mantienen con la religión, “mujeres y hombres evolucionan de manera paralela. En el seno de [cada cohorte], las mujeres siguen siendo un poco más religiosas que los hombres pero el movimiento de secularización es de amplitud similar” (p.51). En resumidas cuentas, “la situación de las mujeres difiere ampliamente de una cohorte a otra” (p.51).

A su vez, “las cohortes nacidas en los años 1960 y posteriormente no conocen el mismo mundo laboral que las del baby-boom y anteriores” (pp.53-54). De hecho, “las cohortes nacidas en los años 1960 y posteriormente no [tienen] el mismo destino profesional que sus padres, y estas diferencias pueden incidir en otras esferas de la vida de los individuos, como el acceso a la propiedad [de sus viviendas] o a las prestaciones sociales” (p.53). Desde el punto de vista político, tres evoluciones parecen ser especialmente relevantes: la desconexión entre los títulos académicos y el empleo; la extensión del desempleo y de la precariedad del empleo desde finales de los “Treinta Gloriosos” (Fourastié, 1979); y el declive del sindicalismo (p.53). En efecto, la estructura profesional de las cohortes recientes no se corresponde con lo que se podía esperar teniendo en cuenta su nivel de cualificación. Chauvel demuestra que el título académico tiene un rendimiento diferente en función de los años de entrada en el mundo laboral (Chauvel, 2016). Esa disyunción entre nivel educativo y acceso a las profesiones más valorizadas tiene varias consecuencias, ya que “individuos ejercen profesiones para las cuales están sobre-titulados, lo que convierte el acceso a estas profesiones en todavía más difícil para los menos titulados” (p.55). Esto incrementa el riesgo de desclasificación y de movilidad descendiente entre generaciones, provocando frustración y descontento (p.55).

La estabilidad de las carreras profesionales es otra especificidad de los “Treinta Gloriosos” y caracteriza la trayectoria de los baby-boomers (p.56). Esto significa que las cohortes se desenvuelven en universos muy diferentes y no se ven afectados de la misma forma por el desempleo masivo y la precarización creciente del empleo (p.56). Estos fenómenos son solamente un aspecto del deterioro de la situación del desempleo, dado que los contratos a tiempo parcial han aumentado considerablemente así como los contratos temporales (pp.56-57). De hecho, la economía gala ha creado un mercado laboral dual (p.57). El problema es que “el sistema político y el sistema de representación de los asalariados están contruidos para defender los [protegidos] en lugar de defender los [precarios]” (p.57).

La precarización del empleo incide, de diferentes formas, en la relación con la política. “Por ejemplo, la precariedad de los contratos de trabajo tiene consecuencias sobre la autoestima, la integración social de los individuos o la acumulación patrimonial. Puede igualmente inducir un menor sentimiento colectivo y limitar las oportunidades que permiten a los individuos comprender la política y movilizarse en torno a ciertos retos” (pp.59-60). De hecho, con el declive del sindicalismo, sectores económicos enteros han perdido su “cobertura sindical” (p.60) y la relación con los sindicatos se ha erosionado en el seno de las cohortes más recientes (p.61). Según Tiberj, la escasa proporción de afiliados a centrales sindicales en las cohortes más recientes se explica por el retroceso de la cobertura sindical en el mundo del trabajo en el que se desenvuelven y, sobre todo, por la precarización de sus condiciones laborales (p.62). Entre las consecuencias políticas de ese retroceso sindical se halla una dificultad creciente para despertar y alimentar una conciencia colectiva, mantenerse informado y formarse políticamente (pp.62-63). En ese sentido, más allá de los valores que transmiten las centrales, son espacios sociales en los cuales los individuos debaten, aprenden a argumentar y a expresarse en público, ejercen responsabilidades, etc. (p.63).

En el tercer capítulo, que aborda la cuestión de la relación con la política que mantienen los “ciudadanos distantes”, el autor avanza la hipótesis según la cual es posible superar la alternativa clásica entre ciudadano comprometido y ciudadano apático y poner en evidencia un tercer tipo: el ciudadano distante. Este último “no necesita [manifestar] una apetencia particular por la política ni confiar en los responsables políticos para [desempeñar] su rol. Sobre todo, no percibe su rol de ciudadano como un deber sino como un derecho” (p.71). En ese sentido, “el análisis cohortal pone de manifiesto diferentes relaciones con la política: una relación de dominación que induce una escasa apetencia; una relación de ciudadano interesado y movilizad (...) y [una relación] distante [caracterizada por] la desconfianza en la política pero que no induce una incompetencia objetiva” (p.71). Estas tres modalidades de la relación con la política se reparten de manera diferente en las distintas cohortes, sabiendo que las nuevas cohortes son más distantes.

En materia de discusión política, las cohortes se distinguen unas de otras: “los baby-boomers son los más discutidores, mientras que los [individuos] nacidos en los años 1930 y, sobre todo, aquellos nacidos antes lo son menos” (p.77). Las diferencias entre las cohortes se explican por el hecho de que “no han construido su relación con la política de la misma forma o los acontecimientos que les han marcado no han producido la misma apetencia política” (p.85). De hecho, “la vida política de los años 1960 y 1970 ha influido duraderamente en los jóvenes ciudadanos de la época, constituyendo unas generaciones movilizadas. En cambio, la crisis económica y la vida política de los años 1980 y posteriores han [incidido] en sentido contrario”

(p.85). Los ciudadanos distantes, especialmente numerosos entre los post-baby-boomers, son capaces de identificar sus preferencias, los actores que son susceptibles de defenderlos y de realizar las elecciones adecuadas en una consulta electoral. A su vez, rechazan la manera según la cual se hace política y los actores que la practican, lo que se traduce por una escasa apetencia (p.87).

Su nivel educativo “les permite comprender, y elegir si [fuera] necesario, pero su socialización política marcada por las alternancias políticas, el clima de suspicacia de los años 1980 y 1990 y la larga crisis económica los incita, lo más a menudo, a [hacer gala de] desconfianza y de alejamiento hacia los partidos y responsables políticos” (p.88). Tiberj considera que su elevado nivel educativo puede estar en el origen de su relación distante con la política. “Capaces de descodificar el discurso y, por lo tanto, de relativizarlo, estos individuos [capacitados] no [tienen] apetencia por ese ámbito. La elevación del nivel de titulación académica [ha] contribuido a desacralizar la política” (p.88). Los datos de las encuestas demuestran que los post-baby-boomers saben perfectamente identificar la oferta política y situar a cada partido en el eje izquierda-derecha. Gozan de una mayor competencia política que las cohortes anteriores. Es reseñable que los individuos nacidos en los años 1960 y posteriormente manifiestan una menor apetencia política que sus mayores (p.93).

Los ciudadanos distantes son el producto de su época, ya que gozan de los recursos cognitivos e informativos necesarios para comprender la política, tienen una buena lectura de los principales partidos políticos y saben “donde se sitúan y sobre qué se oponen” (p.94). Pero, los fracasos de los partidos que se han sucedido en el poder y su incapacidad para resolver los problemas de los ciudadanos y las dificultades económicas, les han convertido en desganados de la política (p.94). Es porque gozan de un buen conocimiento político que corren el riesgo de estar decepcionados por las políticas llevadas a cabo y están capacitados para medir la distancia que separa las promesas de campaña y las realizaciones gubernamentales (p.94). En definitiva, “no solamente la apetencia política y las capacidades políticas no son las dos caras de una misma moneda, [sino que] la renovación generacional tiene un impacto considerable sobre la relación con la política” (p.94).

En el cuarto capítulo, dedicado a la actitud ante la oferta política que oscila entre la deferencia, el rechazo y la autonomización, Tiberj defiende la hipótesis del impacto de la renovación generacional sobre las evoluciones del vínculo partidista en Francia. Esta evolución toma las siguientes formas: los ciudadanos distantes manifiestan un vínculo más distendido con los partidos y se inscriben más a menudo en una lógica de eliminación en detrimento de una lógica de apoyo (p.101). El significado del rechazo partidista depende de la presencia o no de una proximidad partidista. Existen más electores negativos en las cohortes recientes y se produce una mayor



amplitud de posibilidades en las cohortes donde predominan los ciudadanos distantes, que han nacido a menudo en los años 1960 y posteriormente (p.102).

De manera general, “la desconfianza es la opinión dominante en todas las cohortes de nacimiento” (p.103). De hecho, una relación crítica con los responsables políticos aparece entre las cohortes movilizadas del baby-boom, ya que “su interés político no va necesariamente de la mano de una confianza hacia los actores políticos” (p.104). Los post-baby-boomers son los que más desconfían de los responsables políticos. La desconfianza política se instala en el tiempo e incluso se extiende con el relevo generacional (p.104). En ese sentido, existe un vínculo demostrado entre desconfianza hacia los responsables políticos y cohortes, que completa y complejiza las lógicas tradicionales de explicación, tales como la relación existente entre nivel de calificación y nivel de confianza (p.105). Así, “la influencia del título académico o del interés por la política no es la misma según la cohorte de nacimiento de los individuos” (p.105).

La renovación generacional incide igualmente en los vínculos mantenidos por los electores con los componentes de la oferta política. “Esta reflexión se inscribe en un contexto particular: el voto depende cada vez más de factores de corto plazo. Es visible en las variaciones de participación electoral de un escrutinio a otro (...) [así como en] las fluctuaciones de resultados” (p.107). Si las antiguas cohortes mantienen una relación más positiva con los partidos, los post-baby-boomers, marcados por la ciudadanía distante, mantienen una relación más negativa con ellos. Asimismo, existe un vínculo entre cohortes, tipo de relación con la política y posibilidades. Así, cuando un individuo mantiene una relación distante o autónoma con la política, tiene más probabilidades de mantener una relación positiva exclusiva con un solo partido y viceversa (p.102). De hecho, las cohortes se distinguen por su proximidad partidista, puesto que, si las antiguas cohortes se caracterizan por su mayor vínculo partidista, las nuevas cohortes mantienen una distancia superior con ellos (p.109). Como lo subraya Tiberj, “estas relaciones diferentes con los partidos son el producto de contextos históricos singulares, especialmente durante los años de juventud” (p.110).

En ese sentido, el autor nos invita a poner el análisis cohorte en perspectiva, considerando otras lógicas sociales y políticas. Dos variables son especialmente importantes a ese propósito: el interés por la política y la ubicación en el eje izquierda-derecha (p.111). “La toma en consideración de las cohortes de nacimiento, paralelamente a estas lógicas políticas, parece visibilizar unos vínculos con los partidos de naturaleza diferente” (p.111). Dos constataciones se confirman al respecto: la influencia de la ciudadanía distante en las cohortes más recientes y unas relaciones con la oferta política distintas entre los ciudadanos nacidos antes de la Segunda Guerra Mundial y los baby-boomers. Además, las diferencias entre generaciones siguen siendo significativas, incluso cuando están controladas por variables políticas (p.114). En efecto,

los baby-boomers y los post-baby-boomers se distinguen de dos maneras. Por una parte, las últimas cohortes impulsan el auge de una politización autónoma que no necesita a los responsables políticos. Por otra parte, su relación distante con los partidos políticos se acompaña de una mayor competencia política.

En el quinto capítulo, dedicado a la participación ciudadana tanto cuantitativamente como cualitativamente, el politólogo galo observa que los post-baby-boomers no se inscriben en la “ciudadanía del deber”, “esta norma de la democracia electoral [según la cual] el voto es un deber cívico hacia la sociedad, los demás y las generaciones anteriores (...). Su participación [depende] especialmente del contexto y de los retos de la elección” (p.128). Es más notable aún, ya que los vínculos con los partidos se han distendido considerablemente. Si las cohortes difieren en su relación con la participación, esto se traduce en diferencias reseñables en términos de “voz política” (p.128). Las desigualdades sociales se incrementan también en el seno de las cohortes, dado que “la situación es muy diferente en las cohortes de post-baby-boomers entre los titulados y aquellos que han abandonado el sistema educativo de manera prematura, en materia de desempleo por ejemplo” (p.128).

Tiberj constata que “el voto como acto está perdiendo su dimensión simbólica” (p.129). Si la participación en los diferentes escrutinios sigue siendo un comportamiento muy extendido y mayoritario, incluso durante los años 2000, a largo plazo, la abstención progresa en la mayoría de las elecciones (p.129). Las elecciones regionales y europeas son especialmente desmovilizadoras, aunque incluso las elecciones más antiguas y asentadas como las municipales y las legislativas se vean igualmente afectadas (p.130). Como lo subraya el autor, “la participación es ante todo un asunto de tipo de elección. La parte fundamental de las diferencias de movilización electoral resulta del contexto electoral y de los [escaños] en juego” (p.131). En ese sentido, “no es el abstencionismo constante el que progresa sino la intermitencia del voto” (p.131) y esta nueva tendencia está diferentemente distribuya entre las distintas cohortes.

De hecho, se observa una relación diferente al voto en función de las cohortes. Las más antiguas tienden a ser votantes constantes y a votar por deber, mientras que los miembros de generaciones más recientes mantienen una relación al voto más coyuntural (p.135). “Claramente, la naturaleza de la elección [incide] en las cohortes más recientes” (p.135). En este sentido, “los post-baby-boomers no están en ruptura con el voto”, sino que se caracterizan por acumular un gran número de electores coyunturales en sus filas, ya que deciden votar o no en función de lo que está en juego, de la oferta política o de la cobertura mediática de las campañas electorales (pp.135-136). Como lo pone de manifiesto Tiberj, las desigualdades de participación son aún más notables en las cohortes más recientes, dado que se constata una sub-representación de las categorías populares. Esto significa que el nivel de cualificación

y la profesión juegan un papel notable en la participación electoral, especialmente en las elecciones europeas (p.140).

Por su parte, “los miembros de las cohortes posteriores al baby-boom se desmarcan significativamente de sus mayores (...), especialmente cuando se toman en consideración sus especificidades profesionales y educativas. [Así], los individuos nacidos en los años 1961-1970 y 1971-1980 tienen respectivamente 2,5 y 4 veces menos [probabilidades] de votar en las [elecciones] europeas que sus homólogos nacidos en los años 1940” (p.140). Si el interés por la política propicia el voto, la incidencia de la apetencia política difiere entre las cohortes. Las personas nacidas antes de la Segunda Guerra Mundial y los baby-boomers que se declaran poco interesados por la política, votan más o tanto como las personas nacidas en 1961 y posteriormente, aunque se interesen por la política (p.143). El voto de los post-baby-boomers está menos orientado por las normas sociales que por la relación que mantienen con la política (p.143).

De manera similar, la renovación generacional contribuye a explicar la legitimidad y el uso de medios de acción de protesta, tanto en Francia como en otros países, desde los años 1970 (p.145). Las nuevas cohortes se reconocen más que las cohortes anteriores en modos de acción no-convencionales, tales como la petición, el boicot y la manifestación (p.146). “No se encuentra exactamente la misma jerarquía entre las cohortes cuando se trata de la utilización efectiva de estos medios de acción. Además, el uso de un modo de acción es también un asunto de oportunidad, [ya que] es preciso tener en cuenta la oportunidad de participar y [el hecho de] haber sido incentivado por organizaciones o partidos” (p.148).

En este caso también, la relación con modos de expresión alternativos está determinada por las desigualdades sociales. En esta materia, tres variables deben ser tomadas en consideración, nos dice el autor: el nivel educativo, la profesión y el género. Así, los menos cualificados tienen 2,5 veces menos posibilidades de participar en una manifestación que los más cualificados (p.153). A su vez, las mujeres tienden menos a boicotear y a manifestarse que los hombres. De la misma forma, estas tres maneras de expresarse encuentran un mayor eco entre los cuadros en comparación con otros grupos profesionales, incluyendo los obreros (p.153). En cualquier caso, “el análisis cohortal aporta su parte de explicación, especialmente en los casos de boicot y de manifestación. Una parte de las diferencias constatadas entre las cohortes en el análisis descriptivo y en los modelos [se explica] por un efecto de oportunidad” (p.153). De manera general, existe una relación diferente a la movilización entre las cohortes. Así, los individuos nacidos antes de la Segunda Guerra Mundial rechazan, lo más a menudo, estos modos de acción, mientras que los post-baby-boomers se distinguen notablemente de las cohortes anteriores por su aceptación del principio de movilización por vías no convencionales (p.154).

En el sexto capítulo, centrado en la relación que mantienen las cohortes con los valores, el autor defiende la tesis según la cual “las cohortes difieren (...) unas de otras en materia de valores y de equilibrios políticos” (p.165). En materia de valores relativos a la autoridad y a la igualdad de género, los miembros de las cohortes más antiguas son generalmente más conservadores que aquellos del baby-boom y éstos lo son más que los post-baby-boomers (p.175). De la misma forma, las cohortes más recientes son más abiertas ante la diversidad cultural y étnica, considerando a esta última como una riqueza y una oportunidad en una mayor proporción (p.179). No en vano, estas evoluciones de los prejuicios son tributarias de los efectos de contexto. Así, la crisis de los suburbios desfavorecidos en 2005 ha sido un momento de crispación especialmente intenso (p.180). “Las cohortes se distinguen mucho menos unas de otras [sobre cuestiones socioeconómicas]”, ya que “la única diferencia notable entre cohortes [conciérne] las prioridades entre salarios y competitividad. Las generaciones más recientes abogan en mayor medida por el aumento de los salarios” (pp.184-185). Esta diferencia resulta de la crisis económica iniciada en 2008 que afecta distintamente a las cohortes, según estén compuestas por jubilados o trabajadores (p.185).

En el séptimo y último capítulo, dedicado a una política de cohortes, Tiberj observa que “los miembros de las cohortes se distinguen de dos maneras”: por una parte, por el equilibrio interno entre izquierda y derecha; y, por otra parte, por la proporción de individuos no-alineados (p.208). “En materia de equilibrio izquierda-derecha, las diferencias entre cohortes son especialmente importantes. Las cohortes nacidas antes de la [Segunda Guerra Mundial] son más favorables a la derecha, tanto en inicio como en final de periodo. Aquellas nacidas en los años 1950 y posteriormente, en cambio, son especialmente [favorables] a la izquierda” (p.209). Las cohortes recientes se posicionan más a la izquierda porque gozan de un mayor nivel de cualificación, son menos católicas y son más diversas en cuanto a su origen. En ese sentido, la renovación generacional no es neutral en materia de política, dado que tiene dos consecuencias fundamentales: un hándicap creciente para la derecha y un auge de ciudadanos más desapegados de la política (p.215).

Las diferencias de voto entre cohortes reflejan los cambios demográficos así como las evoluciones en cuanto a valores y el impacto de la politización de los valores culturales (p.217). “Los post-baby-boomers se caracterizan por un alineamiento mayoritario a la izquierda” (p.221). Por lo tanto, “no se constata un auge del conservadurismo con la edad y las diferencias entre cohortes se mantienen de una [elección] presidencial a otra. La renovación generacional es (...), por el momento, desfavorable a la derecha” (p.221). Estas diferencias de cohortes y, sobre todo, su persistencia, resultan de los efectos de socialización política producidos por la interacción entre los individuos que forman estas cohortes, las campañas llevadas a cabo y el trabajo

de definición de los retos electorales realizado por la clase política (p.222). El alineamiento a la derecha de los electores nacidos antes de la Segunda Guerra Mundial data del inicio de la Quinta República (p.223).

Asimismo, el análisis llevado a cabo por el autor muestra que ser ateo no tiene el mismo impacto electoral en las diferentes cohortes de nacimiento. “El vínculo entre ateísmo y voto de izquierdas aparece como una característica de las antiguas cohortes. (...) Comparativamente, en el seno de las cohortes post-baby-boom, los ateos se distinguen del resto de las cohortes” (p.229). Estas diferencias se explican por el efecto del tamaño del grupo de los ateos y por el combate anticlerical que es más duro en los años 1970 y 1980 que en 2000” (p.229). Por su parte, “el electorado de la derecha republicana se caracteriza por un perfil cohortal marcado: ese voto está especialmente presente en las generaciones nacidas antes de la [Segunda Guerra Mundial]” (p.234). De la misma forma, las cohortes se distinguen unas de otras por su relación con la izquierda de la izquierda. “De 1995 a 2007, las candidaturas de la extrema izquierda trotskista seducen ante todo a los post-baby-boomers” (p.235). A su vez, “los ecologistas suscitan unas diferencias entre cohortes muy marcadas: los individuos nacidos en 1971 y posteriormente tienen entre 2,5 y 3 veces más posibilidades de votar Verde que [a favor de los conservadores], comparando con los electores nacidos [entre 1941 y 1950]” (p.239).

En definitiva, el autor demuestra a lo largo de su último libro que “tomar en consideración la renovación generacional es indispensable para (...) comprender las transformaciones de la política en Francia a lo largo de los últimos cuarenta años porque las cohortes de ciudadanos se siguen pero no se parecen. Porque están socializadas en entornos diferentes, su relación con la política, y especialmente con [las personas] que la encarnan, evoluciona. Sus maneras de participar en política cambian [y] sus valores se transforman a menudo de manera inesperada” (p.255). Como consecuencia de dicha renovación generacional, “el cuerpo electoral se recompone en permanencia con consecuencias (...) importantes, empezando por el hecho de que esta renovación aventaja a ciertos partidos en lugar de otros” (p.255). Por lo tanto, el reto político fundamental consiste en mantener un vínculo político y social con los ciudadanos distantes, que sean críticos y estén conectados o relegados. Ese desafío, que no es específico al Hexágono, implica tomar en consideración problemáticas que superan el ámbito nacional, tales como el clima, la economía globalizada o la gobernanza de las migraciones, y reflexionar sobre las maneras de reinventar la democracia de masas (p.260).

Al término de la lectura de *Les citoyens qui viennent* es preciso subrayar la originalidad del enfoque teórico propuesto por el autor que se centra en un análisis por cohortes que permite renovar la sociología política sobre las generaciones. Esta

perspectiva es llevada a la práctica, a través de un razonamiento articulado y gracias a un perfecto dominio de las técnicas estadísticas. Abundantemente ilustrado por numerosas tablas y gráficos, Tiberj no duda en cuestionar planteamientos clásicos, tales como los de Inglehart. Estamos, sin lugar a dudas, ante un gran libro de sociología política. Es la razón por la cual, se recomienda su lectura y análisis.

### **Bibliografía**

- CHAUVEL, L. (2016) *La spirale du déclassement. Essai sur la société des illusions*. París: Seuil.
- FOURASTIE, J. (1979) *Les Trente glorieuses ou la révolution invisible de 1946 à 1975*. París: Fayard.
- TIBERJ, V. (coord.) (2007) *Les mots des présidentielles*. París: Presses de la Fondation nationale des sciences politiques.
- TIBERJ, V. (2008) *La crispation hexagonale. France fermée contre France plurielle*. París: Plon/Fondation Jean Jaurès.
- TIBERJ, V. (dir.) (2013) *Des votes et des voix. De Mitterrand à Hollande*. Nîmes: Champ social.
- TIBERJ, V. y BROUARD, S. (2005) *Français comme les autres?* París: Presses de Sciences Po.

**Eguzki Urteaga**  
eguzki.urteaga@ehu.eus  
Universidad del País Vasco  
Vitoria, España